

Hallazgo & grato

CUANDO fui a trabajar de muchacho a Madrid, tuve que comprar un baúl para la ropa. Era un baúl pequeño, individual, forrado de una chapa color de oro viejo. Por dentro estaba cubierto de papel gris con pintas menudas, negras. En la parte superior tenía una bandeja para prendas planchadas. Era un arte conservar la ropa sin arrugar en estos cajones, cuando no se prodigaban los armarios, como ahora, ni había dónde colgarla, libre del polvo.

Fué mi compañero inseparable de fatigas, sirviéndome hasta para atrancar la puerta por las noches durante una larga temporada de quietud y de trabajo, pero empezamos a dar vueltas desentendiéndonos el uno del otro y nos separamos; separación tan radical, que más bien fué olvido absoluto. Aunque coincidiéramos en un sitio, no nos veíamos siquiera, no reparábamos el uno en el otro, como si no nos conociéramos, más todavía, como si no existiéramos el uno para el otro.

Esta mañana, me hallaba en un rincón de pasillo que forma habitación, escribiendo una carta sobre una meseja de estudiante y, de pronto, me dí cuenta de que orilla de mí, medio oculto por una cortina, estaba el baulillo, mi baúl de muchacho, tan pequeñejo, tan bien conservado, contemplándome con la impasibilidad de las cosas inanimadas.

Lo miré largamente, como nunca, me pareció que me reprochaba algo, pero sin rencor, incluso con amor. Recordé la larga convivencia, la grata e inolvidable compañía en aquellas noches solitarias, de aclimatación a la nueva vida, recién llegado del pueblo, cuando todo era extraño e inseguro y solo él, el baulillo, daba refugio en qué confiar el pequeño ajuar, o las cartas de los padres o las cartas de los amigos, tan frecuentes y tan gratas en los principios de ausencia juvenil, o esas cuatro cosas que nos entretuvieron de chico y que por no querer separarse de ellas se

traían como impedimenta y cuyo repaso en la soledad de la noche constituía expansión única y deleite incomparable añorando el lugar y la casa paterna. Muchas veces, colocar el baúl innecesariamente era un lenitivo para las penas que no podían hallar consuelo de ninguna otra manera, entre las cuatro paredes de un cuchitril inmundo, en el mismo lugar del trabajo. Este medio hacía más íntima y efusiva la relación con el baúl, única cosa propia que había en la estancia, guardando en su seno todo lo que en ese tiempo recordaba los seres y las cosas queridas.

Me ha dado mucho gusto encontrarme con el baulejo, después de tantos años. Está que parece nuevo, casi mejor que cuando dejamos de vernos.

Cuando viajaba conmigo, no me cansaba de liarle cuerda para asegurar la tapa. Un conductor bigotudo, le dió, una vez, un empujón desde un furgón y le hizo varios chichones, pero se le han borrado con el tiempo o tal vez el cuidado que tenía de él me hizo ver mayores las heridas de entonces. Ahora tiene hasta buena presencia.

¿Que pensará el baulejo? ¿Sentirá la añoranza de las antiguas correrías? Está un poco rechinante, engallado, como diciendo: «¿Te atreves a que nos vayamos?» ¿Dónde querrá ir este enaño con pinta de muñeco de ventrílocuo? ¿Se dará cuenta de que hoy no lo miraría nadie, ni serviría para maldita la cosa?

Cuando era el único asiento que se veía en mi habitación, se posó sobre él un médico barbudo, de buena posición y no muchas necesidades, según el cual nadie sabía lo que valía un baúl en una casa de huéspedes. Esto se dijo allí varias veces y puede que el engreimiento del baulejo se deba a ese recuerdo, porque el tiempo va haciendo cierta la frase, aunque ya no se vean baules en las casas de huéspedes, pero es evidente la marcada inclinación de la humanidad hacia aquello de que «el buey suelto bien se lame».

